

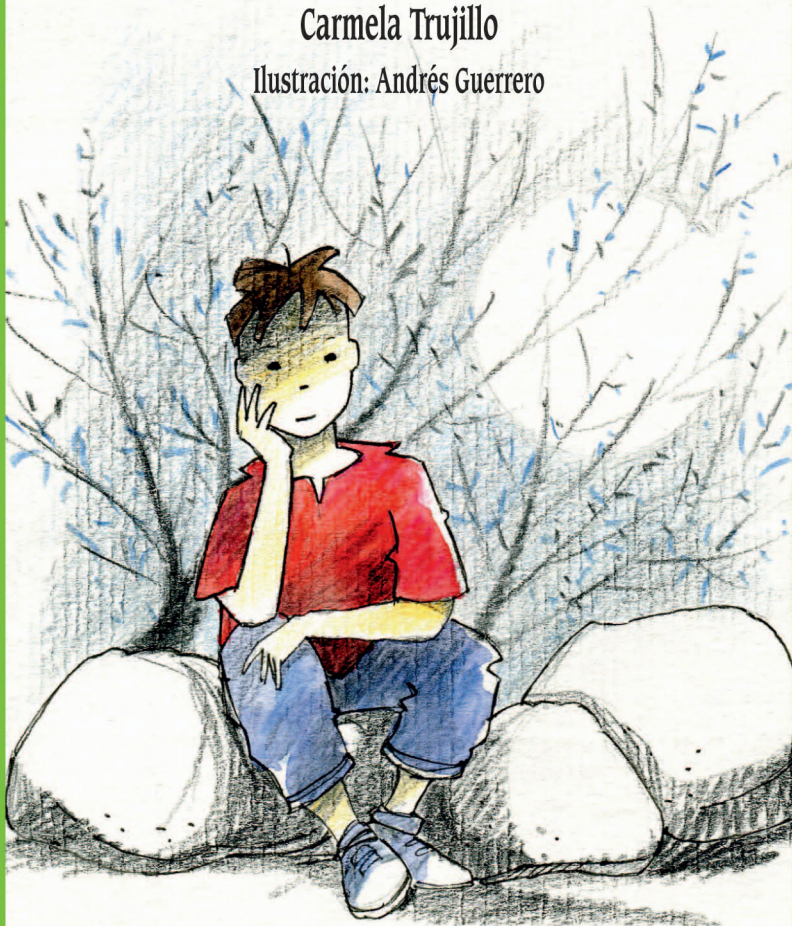


E L D U E N D E V E R D E

LO RECUERDO PERFECTAMENTE

Carmela Trujillo

Ilustración: Andrés Guerrero



ANAYA

© Del texto: Carmela Trujillo, 2011
© De las ilustraciones: Andrés Guerrero, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, abril 2011

Diseño: Taller Universo
ISBN: 978-84-667-9495-4
Depósito legal: M. 8733/2011

Impreso en ORYMU, S. A.
Ruiz de Alda, 1
Polígono de la Estación
Pinto (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Carmela Trujillo

LO RECUERDO PERFECTAMENTE

Ilustración: Andrés Guerrero

Q U E R I D O L E C T O R

En esta ocasión os presento una historia muy diferente a *Esto no puede seguir así*. No encontraréis fantasmas, ni vecinas cotillas ni abuelos gruñones. Pero sí, de nuevo, el buen humor y las amistades extraordinarias.

¿Me guardáis un secreto? Resulta que, cuando comencé a escribir la novela que tienes en tus manos, sabía que un niño de once años, Juanfra, sería el protagonista y que Petra, su vecina, solo tendría un papel secundario (es decir, solo saldría de vez en cuando). Por eso me llevé una gran sorpresa al descubrir que ella, con sus comentarios y su modo de ver la vida, alcanzaba en esta historia un lugar especial. Es que ella misma es especial. Ya lo descubriréis.

Termino esta breve carta diciéndoos que tengo la esperanza de que algún día nos podremos encontrar y podremos hablar de *Lo recuerdo perfectamente*. Me haréis preguntas. Os las haré yo.

Hasta entonces, recibid un abrazo,

Carmela Trujillo .

*A Cristina,
la primera lectora de mis libros.*

1

LA LLEGADA DE MI TÍO FERMÍN

EL día que llegó mi tío Fermín cayó por la mañana una lluvia que no mojó nada, ni la tierra de los huertos ni la ropa tendida. Fueron unos goterones que dejaron manchas en las hojas de los magnolios del paseo y en las de los rosales de la plaza del Ayuntamiento. Unas gotas enormes que ensuciaron la carrocería de los coches y los vidrios de las ventanas.

De ese día solo recuerdo eso, porque fui con mis amigos, Paco y Pedro, a cazar ranas a la charca de don Benito. No conseguimos ninguna y no sé si fue porque salimos disparados por la lluvia que no mojaba o porque vimos a don Benito correr hacia nosotros para reñirnos, como cada vez que nos veía en sus tierras. Siempre nos gritaba mucho, desde lejos, y juraba, una y otra vez, que se lo diría a

nuestros padres. Y era cierto, cumplía sus promesas.

Al llegar a casa, mi madre me dio la noticia. La noticia de mi tío. Me dijo que se quedaría con nosotros tres meses, el tiempo que necesitaba para recuperarse de su enfermedad. Recuerdo que yo no supe qué decir porque de mi tío Fermín solo sabía que trabajaba en un circo, y la única foto que teníamos de él era una antigua, en blanco y negro, en la que estaba con mi madre sonriendo a la cámara. Pero en esa foto eran niños y siempre pensé que tenía un tío que era de mi edad y que no crecía nunca.

Salí al balcón para esperar a mi padre, pues había ido a buscarlo con el taxi. En el balcón de al lado estaba nuestra vecina, Petra. Nunca hablaba con nadie, salía poco y, las veces que salía, lo hacía con la cabeza agachada, como buscando algo que se le hubiera caído al suelo. Por eso me sorprendió que señalara una mariposa que revoloteaba entre los dos balcones y que me dijera:

—Fíjate en ella, Juanfra.

Y yo me fijé. Era azul. Eso fue lo que me llamó la atención. Por las calles del pueblo, en

el parque, por el bosque, solo veía mariposas blancas. Algunas, de color amarillo. Pero azules...



La mariposa se posó en una maceta de mi balcón, en una que contenía un pino casi recién nacido y que plantamos mi madre y yo el año anterior. Plantamos las semillas, unos piñones que nos dio Guardabos, el hijo del guardabosque. Y allí se posó la mariposa azul: en lo alto del pino-bebé.

—Esa mariposa trae noticias de alguien que está a punto de entrar en tu vida, Juanfra.



Calló unos momentos, como si estuviera recordando algo o como si ya lo hubiera recordado pero no lo quisiera decir. Después añadió:

—Alguien que está a punto de morir o a punto de volver a nacer.

Y al decir esto, la mariposa se echó a volar, no sé a dónde, porque yo solo recuerdo que me quedé mirando los ojos de pez de Petra. Unos ojos inmensos, redondos, como dos pelotillas en su cara redonda. Parecía que siempre estaba sorprendida porque, dijeras lo que le dijeras, te miraba igual.

Sin añadir nada más, ella se metió en su casa y yo, desde el balcón, vi el taxi que llegaba a nuestra calle. Cuando mi padre lo aparcó, salió del coche un hombre que supuse que era mi tío.



Un hombre muy elegante, con corbata y todo. El pelo largo lo llevaba recogido en una coleta. Yo esperaba que un payaso se vistiera con pantalones enormes, camisas sin botones y zapatones rojos, por ejemplo. Pero mi tío Fermín resultó ser un hombre muy alto y muy bien vestido. Lo rodeó un círculo de vecinos. Primero fueron cuatro personas, luego ocho, más tarde llegué a contar veinticuatro. Mi pueblo es así: todos se conocen y si no se cono-



cen, tienen a alguien que conoce a alguien. Por eso dieron ese recibimiento a mi tío Fermín, porque alguno, tiempo atrás, lo conoció de pequeño y, ahora que regresaba al pueblo, querían saludarlo. Querían decirle que se acordaban de él. Querían preguntarle si él se acordaba de ellos.

Por la noche, la primera que pasó mi tío en nuestra casa, salió la luna llena. Estaba llena de verdad, como un globo naranja, y se quedó clavada encima de las tierras de don Benito. Lo recuerdo perfectamente porque desde mi balcón se ve el depósito de agua que tiene allí y las siete encinas enormes que hay en el camino hacia su charca. Yo tenía mucho calor, con tantas personas como habían venido a saludar a mi tío y que llenaban el salón. Salí al balcón y me siguió mi hermana Lola que, a sus cuatro años, se había convertido en mi sombra:

—Fíjate, Lola, qué luna más grande.

—¡Guau! —exclamó ella. No hablaba mucho, la verdad, y cuando lo hacía, soltaba este tipo de cosas que aprendía en parvulitos—. Es *gande* —no sabía pronunciar la erre.

—Es una noche estupenda para cazar ranas.

Por eso, ahora que me preguntan en este examen de redacción «¿Qué recuerdas de una visita inesperada?», a mí solo se me ocurren estas tres cosas:

Que el día que llegó mi tío Fermín, la lluvia no mojó.

Que vi una mariposa azul en mi balcón.

Y que la luna llena creció tanto que ya no pudo moverse más y se quedó clavada en lo alto del depósito del agua de las tierras de don Benito.

Yo tenía once años.

A lo mejor, por eso, recuerdo tantas cosas. No solo eso, sino que las recuerdo perfectamente.